

...BOCA ARRIBA CON LOS OJOS CERRADOS ENTRE LAS HOGUERAS

JOSÉ LÓPEZ-CANTI

Departamento de Proyectos Arquitectonicos. Universidad de Sevilla

<https://dx.doi.org/10.12795/astragalo.2018.i25.05>

El fenómeno acontecido en la Escuela de Arquitectura de Talca, Valle Central, en Chile a lo largo de los últimos veinte años, es un fenómeno con impacto y repercusiones de ámbito internacional. Situación encuadrada y delineada con nitidez en el gran salto cualitativo que la arquitectura chilena ha dado en similar tiempo, contando con referencias de obras y autores que forman ya parte del panorama de la actualidad, la novedad, la innovación, la tendencia en los marcos de distribución mediática de la arquitectura mundial. Esta última es una operación que obligadamente debe ser analizada con el ritmo del propio país, con sus circunstancias de desarrollo económico y de evolución política y social; algo parecido al análisis que podría deducirse del salto de la arquitectura española a las salas del MoMA (2006), culminando una larga trayectoria de bipartidismo político, cuya acción sobre la

obra pública y las infraestructuras expresó un mecanismo de transformación eficaz, de país cambiado en tres décadas y que, finalmente, con la mácula de la burbuja inmobiliaria, la depredación territorial, la crisis económica mundial y demás circunstancias, devolvieron del sueño a la cruda realidad, a una arquitectura que parecía poder exhibirse en los palcos más excelentes de la cultura internacional.

El caso de Talca es muy diferente al del renacimiento chileno, por un doble motivo nítido y transparente: la condición periférica respecto a la posición absoluta de epicentro de Santiago (epicentro político, administrativo, universitario y arquitectónico) y en segundo lugar, por la naturaleza igualmente periférica de los contenidos de las acciones arquitectónicas, que no han jugado el rol de la depuración del lenguaje, la exhibición de la pureza constructiva y ese grado de perfección

que hace que los objetos salten a los mentideros internacionales como estrellas rutilantes de un firmamento arquitectónico planetario. Cabe preguntarse si la deriva del modelo Talca ha sido independiente de esta implosión chilena o si ambas situaciones están íntimamente relacionadas tanto para lo bueno como para lo malo. Quizá el punto de intersección de ambos fenómenos haya que ir a buscarlo a la Bienal de Venecia de 2016, donde bajo la curatoría de Alejandro Aravena, la Escuela de Arquitectura de Talca mostraba su proyecto *A contracorriente*, que marcaba un nuevo hito en el devenir de la aventura y el experimento docente de dicha Escuela. Hacia atrás en el tiempo, otros enclaves han ido jalando esta marcha sin reposo: la publicación de *“Talca, cuestión de educación”* (2013) en una edición de José Luis Uribe, docente de la Escuela en la editorial mexicana Arquine que dirige Miquel Adrià, un libro de bellísima edición que quedará para el futuro como un hito en la historia de la arquitectura americana (es decir, la que va del Canadá al cabo de Hornos), o la participación en la Documenta de Kassel del 2012, en fecha muy similar a la que el escritor Vila-Mata preparaba su novela *“Kassel no invita a la lógica”* haciendo coincidir de forma geométrica actividades tan intersecadas y que siempre han interesado a los protagonistas de la revolución docente acontecida en la Escuela de Arquitectura de Talca, donde la relación entre textualidad o relato, narrativa y territorio se constituye en una suerte de lanzallamas que en su avance carboniza todo lo que toca, dándole un nuevo espacio negro comprensivo.

Pero volvamos a un origen más lejano a todas estas fechas, porque de otra forma el artículo tendría que concluir obligadamente

aquí mismo. Y ese regreso tiene que ver con mis recuerdos de *lo americano* desde edad temprana y a la seria advertencia de que no actúo aquí, en estas páginas, como historiador o crítico de la arquitectura, sino como alguien cuyo debilitado imaginario sobre lo americano, se ha visto impulsado por experiencias en el último decenio que han podido dar una mayor claridad de ideas a una visión por otro lado extraordinariamente parcial. Tenía diez años cuando el golpe en Chile, y aún recuerdo ese avión tembloroso sobrevolando el edificio de la Moneda en la tele marca Inter, en blanco y negro, cuando el mundo tremía una y otra vez y las dictaduras portuguesas y españolas avanzaban hacia su desenlace. El nombre de Antofagasta –supongo que por su irresistible sonoridad– era una de mis favoritas búsquedas en el Atlas de la editorial Aguilar, de modo que podría decirse que casi desde la infancia, mi predilección chilena por las periferias extremas estaba anidada para siempre y me marcaría hasta el día de hoy. Casi todos los adolescentes de aquella época, como generación, crecimos bajo la sombra de la magia de Cortázar, *La noche boca arriba* siempre tuvo para todos nosotros la capacidad de aunar un tiempo precolombino con el presente de nuestras vidas sin solución de continuidad, uniendo a un tiempo lo terapéutico y el trauma, el espacio del sueño y el de la realidad como algo construido de suaves, ásperas y largas suturas quirúrgicas que supondrían heridas que ya nunca más se volverían a cerrar. Es de los primeros impactos americanos en la adolescencia que irían marcando una identidad híbrida, criolla entre el sur de Europa y el de una América onírica, irreal, imposible, también violenta en muchos sentidos..., y cuya música reivindicativa ilustró

la zona oscura de la adolescencia a la edad adulta. Debo de saltarme todos los decenios después, porque una autobiografía no procede aquí, pero en una línea, los nombres de Carlos Fuentes, García Márquez, Roberto Bolaño etc., junto con las incorporaciones estadounidenses, Denis Johnson, Foster Wallace, Paul Auster..., han impactado e impregnado las sucesivas habitaciones que he ocupado en mi vida. El Bolaño de Blanes o el García Márquez que identifica a Mamá Grande con Carmen Balcells aproxima, si cabe todavía más la lejanía continental, haciéndola cercana y doméstica, y deja a las claras que los miles de kilómetros se pueden reducir en nuestras cabezas y caber en unos pocos surcos cerebrales. Entonces, es una distancia de 11 horas de avión y un parpadeo que aúna de forma instantánea el banano, la lluvia y la arena del más seco desierto. Lo midas como lo midas, está tan lejos y está tan cerca, un patrón muy europeo y que podría equivaler a la vocación colonial durante siglos que ha impregnado nuestra cultura y nuestras aproximaciones.

Regresando a un tiempo más contemporáneo, no quisiera dejar escapar unas experiencias recientes derivadas a partir de la participación en proyectos de investigación relacionados con docentes de la Escuela de arquitectura de Talca. Hace unos años se leyeron en Sevilla, en su Escuela de arquitectura, dos tesis chilenas que fueron realizadas respectivamente por Juan Román, director de la Escuela de Talca, y David Jerez, colaborador asiduo de la docencia en dicha escuela como visitante que periódicamente imparte clases. Estos dos trabajos, en los que tuve la fortuna de participar, me dan hoy una ventaja imprescindible para poder escribir

estas líneas –otra cuestión, es que administre con poca inteligencia estos ricos recursos- y a su vez me permiten conocer algo más de cerca la cuestión del Valle Central y conocer de forma directa la experiencia que en términos de acción arquitectónica se está realizando allí de forma sostenida en el tiempo. Parece algo banal situarse en el espacio de unas Tesis, pero se debe advertir que éstas fueron realizadas en un momento de madurez de sus autores que no sigue el calendario habitual de la formación de un estudiante que se gradúa y continúa sus estudios postdoctorales, en una edad de juventud formativa, sino con una experiencia y trayectoria acumulada muy notable. Sabido es por otra parte la dependencia que del espacio europeo hay en América latina para poder doctorarse, una dependencia mantenida durante decenios, de la que Barcelona ha sido un espacio de máxima referencia hasta casi convertirla en una suerte de *industria del doctoramiento*. Queda para otro lugar evaluar esta situación que se irá mitigando con el tiempo, pero que de alguna manera supone a veces una posición desventajada del doctorando sudamericano que es irreal y ficticia, aunque arraiga en la mentalidad y muchas veces constituye un inconveniente y un freno. Como he comentado circunstancias singulares en los trabajos de los que hablaré, éstos no están afectados de estas condiciones genéricas, especialmente por la madurez intelectual de sus autores. *Del relato y el territorio* fue la tesis que leyó en Sevilla Juan Román, un trabajo de investigación que imagino estaba asentado sobre una deuda con la geografía del Valle Central y la ciudad de Talca, y las experiencias realizadas en su Escuela de arquitectura durante casi dos decenios. Diría como preámbulo que

ambos trabajos fueron recibidos en Sevilla con tibieza, lo cual también forma parte de lo que nos enseña el continente americano en términos de comprensión mutua; no sólo compartir lengua es suficiente para transparentar el conocimiento y velarlo: cuestiones de identidad y culturas propias, de costumbres e imaginarios se alzan como cumbres que a veces se hacen inabordables y muy difíciles de escalar; donde hay cumbres, hay también valles y pasos angostos –angosturas- y éstos quizás, son los lugares de cruce y transferencia, de comunicación del conocimiento. El trabajo de Juan Román, que se anclaba sobre la base de una intensa intertextualidad, manejaba las referencias del cine, la literatura, la fotografía (Héctor Labarca) etc., enfocadas a un territorio local que se transformaba en territorio común, en el sentido de la comunidad que se constituye entre el lector y la lectura. Un texto híbrido que también abría la ejercitación de los estudiantes de Talca a la posibilidad de ser insertada dentro de un devenir de la cultura europea, proyectando –de seguro, sin que el estudiante se aperciba- el trabajo realizado por alguien a miles de kilómetros y a un lado del océano, a la otra orilla, como si hubiera tenido vocación de nacer bajo esas circunstancias extranjeras y lejanas. Un ejemplo de esto último son los conocidos como “cubos de Talca”, un ejercicio que realizan en la Escuela los estudiantes de primer curso –se pueden ver muchos de ellos en la red-, a partir de condiciones de enunciado muy simples y poco restrictivas: un cubo de 25 centímetros de arista realizado con materiales de Talca y el Valle Central. Uno de estos cubos aparece en la Tesis, una suerte de amasijo orgánico en el que se ver emerger unas manzanas entre tierra de labor. Dicho cubo encuentra su oportunidad

de medirse con un fragmento de un texto de Sebald, perteneciente al libro *Los anillos de Saturno*, de modo que el lector pasa de una figura a otra –del fragmento literario al cubo de materia y viceversa- fundiéndolos en una correspondencia biunívoca, como si la literatura sobre un determinado evento histórico en la ciudad inglesa de Dunwich, pudiera cubicarse con materia que proviene del Valle Central: así es también como a veces, nuestra basura se mueve por los océanos del planeta y llega de una a otra orilla, como únicas huellas honradas de nuestro devenir. En concreto, en la tesis puede leerse la siguiente reflexión: *“El cubo de barro y frutas cuyo objetivo es representar el territorio en el que se habita contiene un relato que puesto aquí alcanza al acaecer de Dunwich o de las cosas de Dunwich que entran y salen del mar como aquí entran y salen del barro. Y es que Dunwich se ha reconstruido varias veces y hoy mantiene un flujo turístico constante pero el desastre está ahí, en el relato de Sebald, donde las cosas, las huellas del habitar, siguen girando sin decidirse a ir o venir, a hundirse o flotar, sólo girando sin renunciar.”*



(Muchas Escuela trabajan también en su primer curso con cubos, Sevilla no podría escapar a este invariante. A diario se ven estudiantes desfilar con cubos blancos de terso cartón satinado, a los que falta una esquina, a los que se adivina una escalerita empinada interior, en los que surge una violenta ventana rasgada en diagonal. Estas manipulaciones de las formas puras, aparentemente vocacionales del espacio rotundo, que no establece ningún contacto social ni convoca realidad apremiante alguna, hace tiempo que dejaron de ser llave o clave para la producción del espacio arquitectónico –si es que lo fueron alguna vez-. La diferencia con la experiencia de Talca es esa economía de la inteligencia que explota los recursos disponibles al máximo, e inscribe sobre la experiencia del espacio un fragmento biográfico del estudiante hecho con la sustancia de los elementos con los que creció y desarrolló su incipiente imaginario.) La realidad socioeconómica del estudiante del Valle Central, está también muy presente en esta política docente. Chile pasa desde la percepción europea por ser una nación económicamente aventajada dentro del marco sudamericano, pero lo cierto es que las dificultades son muchas y la conciencia sobre los recursos del suelo que se pisa a diario –de vocación rural y agraria- son materias imprescindibles para comprender qué le toca a la arquitectura hacer en un territorio de esa sustancia. *Cuestión de educación*, como reza el título de la publicación que comentábamos anteriormente, en el doble sentido de formación, pero también de respeto (*politesse*) con el espacio y medio circundante. No quedaría disponible más espacio para continuar con el asunto de esta investigación, apenas para nombrar la otra

investigación o tesis realizada por David Jerez que constituyó para mí una aproximación a la cultura americana y chilena de gran relevancia. Al contrario que Juan Román, David no procede de la formación de la arquitectura, su campo de acción es el diseño gráfico –y muchos otros aspectos de la cultura-. Ha contribuido a la definición gráfica de una cierta identidad institucional chilena, para un Estado que por otro lado se adivina tan magro, tan liberalizado y con serias necesidades de redistribución de riqueza y de sintonía con políticas sociales. Su tesis opera sobre un singular y original concepto del patrimonio que denomina *Resonancia de flujo*, una táctica –que no estrategia- que opone a las políticas institucionales y proteccionistas del patrimonio compuesto de todo tipo de sustancia incluyendo lo inmaterial, una reserva intimista y desesperada por preservar la autenticidad del relato entre una pequeña y débil red humana. Actitud de resistencia donde las haya, como se suele decir coloquialmente. Las recurrencias biográficas, la narratividad y la imagen son sólo algunas de estas tácticas puestas al servicio de este concepto, que refila tanto de las influencias europeas como de una corriente de pensamiento latinoamericana, muy prestigiada en Europa, con la que la propia tesis parece sentirse permanentemente amenazada, corriendo un serio riesgo al renunciar a lo que comúnmente llamaríamos corrección académica. La *resonancia de flujo* sería entonces este mecanismo anti-institucional que preserva el patrimonio con políticas de olvido defensivo, como si la persona que recuerda y atesora memoria tuviera que ocultarla para su propia conservación y administrarla con enorme cautela a través de frágiles comunidades; en palabras más escuetas

pero precisas recogidas en la tesis: “*Resonancia de Flujo que entiendo como legado o herencia latinoamericana no declarada, que vive en un estado de silencio y se oculta para su supervivencia*”. Pienso con frecuencia, ahora que los doctorados en España se han institucionalizado al máximo nivel, y se han dotado de un notable aspecto burocrático, cómo los doctorandos alentados por el propio profesorado, ven en la Metodología la gran clave que permite fluir el trabajo de investigación; lo cierto es que existen alternativas anti-metodológicas, que de cierto no tendrían, tal vez, cabida en un modelo científico, pero que desde luego hacen posible la producción de conocimiento a partir de materiales heterogéneos que muy difícilmente podrían compartir página si se les impulsa y organiza a partir de un método y sin embargo poseen orden y concierto, lógica, emoción y transferencia. La *Resonancia de flujo* no arroja resultados en la búsqueda en la red bajo este epígrafe y significado de *táctica patrimonial*; indefectiblemente en la pesquisa del término nos deparamos con pruebas médicas, escáneres del cuerpo para procesos diagnósticos, lo que nos llevaría a preguntarnos: ¿qué queda del conocimiento que producimos, y a quién llega? Si aquí hago de eco –por seguir con la metáfora médica– es para transparentar y hacer más visible aquello que definitivamente puede estar abocado a perderse entre el recio y opaco músculo del olvido y la indiferencia. Finalmente, no quiero desaprovechar para poner en contacto el título de esta tesis con el que en la Bienal de Venecia se presentaba la propuesta de la Escuela de Talca: *A contracorriente*, de la que Juan Román aclaraba en la propia Venecia a la prensa presente que no se trataba de que hubiese unas corrientes

de las que Talca jugaría el rol de ir en dirección contraria, sino que el título obedecería a ir contra el olvido, como si éste fuera el *stream* principal con la que los territorios actuales, periféricos y excéntricos, se desvanecieran a diario. *A contracorriente* y *Resonancia de flujo* serían de esta manera y aplicados a objetos y objetivos diferentes, caras de una misma y única moneda que ya nos cuesta bastante reconocer como tal en el espacio europeo.

No se puede por otro lado hablar de la Escuela de arquitectura de Talca y obviar su producto docente más conocido, el más publicado y difundido y por la que es conocida internacionalmente en el ámbito arquitectónico: me refiero a esos proyectos de final de carrera que pasaron de ser un ejercicio académico sobre plano, con un coste económico y de esfuerzo notable para el estudiante, a transformarse en una acción construida, de similar costo pero localizada sobre la geografía del Valle Central –no sobre un plano que enmohece– prestando un servicio a la comunidad, implementando sus equipamientos, actividades y espacios de carácter público, en una perfilada geografía de eminente actividad agrícola (*campesina*, como a veces aparece escrito). El cambio de dirección de este esfuerzo docente, le ha garantizado a la Escuela de Talca un lugar en la historia y ha acusado, si cabe todavía más, dos vocaciones encontradas con las que la arquitectura y sus Escuelas llevan años debatiendo. De un lado, se encontraría el modelo de *ciudad* como el gran laboratorio de pasado, presente y futuro. Da igual que sean escalas que desborden el territorio y acumulen áreas difusas en términos metropolitanos de millones de habitantes, o lo sean de tamaño medio y se constituyan en red con otras ciudades; que

tengan centros históricos o áreas con una marcada obsolescencias urbana; que el turismo las impacte como problema, o que la calidad ambiental de su aire afecte a la larga al factor de esperanza de vida. El caso es que lo urbano, y casi el *Urbanoceno*, al hilo de las corrientes de Sostenibilidad más afines a su genealogía ecológica, absorbe los esfuerzos de las Escuelas como camino de dirección única. Es obvio que en prospectiva la población mundial tiende a concentrarse sobre este tipo de soportes; es obvia igualmente que la concentración de consumo de energía y de emisiones que acaban complicando los efectos del cambio climático se encuentran igualmente concentradas sobre este soporte de habitabilidad. También hemos de dar por cierto, que el modelo –el especialmente concentrado- tiene la morfología ideal para prestar servicios, redes e infraestructuras, practicar y ensayar políticas de salud pública; capacidad también de establecer grandes redes de espacios verdes en continuidad generando situaciones complejas de suelos de usos híbridos y de nuevas movilidades, nuevas sociabilidades. Nadie quisiera restar ni un gramo de importancia a este fenómeno de escala planetaria, ni negar que en el futuro sea la estructura transcendente donde, como se suele decir, se libraré la batalla. ¿Pero qué pasará con el otro modelo de distribución poblacional, menos denso, más salpicado por el territorio, que prácticamente lo antropiza sin solución de continuidad, y que tanto y tan bien ha constituido una seña de identidad del continente americano? Y, además, por si no fuera suficientemente compleja y apremiante la pregunta, dispuesta en una geografía muchísimo mayor que la europea, donde la dificultad de prestar servicios, de llevar redes

y asistencia de todo tipo, se convierte en permanente deuda pendiente, en promesa que sólo puede ser incumplida o aplazada. Pues bien, la Escuela de Talca ha optado por quedarse en este modelo de territorio en el que, al mismo tiempo, se encuentra inserta, y poner toda su fuerza intelectual en reparar, dar pequeños servicios y soluciones arquitectónicas que mejoren la vida cotidiana de estas pequeñas comunidades diseminadas. A veces hay que hacer muchos kilómetros desde Talca, varias horas de viaje, para visitar estas pequeñas intervenciones, lo que nos da idea del término región traducido a tamaño, y en el que se repara que existe un compromiso ético de llegar a sus rincones, esas posiciones extremas que sufren lejanía elevada al cuadrado (como los rincones geográficos argentinos que describiera en su día el escritor Haroldo Conti) y, todo ello –se adivina con transparencia- muy diligenciado por parte del estudiante que se convierte en gestor y administrador de la formación recibida, localizando situaciones, necesidades, buscando financiación, materiales y medios, dialogando con las personas, con los agentes que tienen capacidad de decisión. Es decir, llevando a cabo un sistema de habilidades y competencias que en lo que se refiere al campo universitario de la arquitectura, en el caso europeo, han constituido un olvido imperdonable en lo que atañe a los acuerdos fundacionales del actual modelo, conocido como plan Bolonia, del que acaban derivándose nuestros planes de estudio.

Pero sería injusto identificar la Escuela de Talca sólo por estos proyectos tan conocidos; es obvio que los estudios se distribuyen durante cursos y años y que sólo un equipo docente muy comprometido y con muchos valores intelectuales podría culminar un trayecto que

desemboque felizmente en estas intervenciones de fin de carrera. Así por ejemplo, en el último año de la misma, se hacen ejercicios proyectuales que apuntan ya a la transformación real de los espacios arquitectónicos, usando los propios espacios domésticos frecuentados cotidianamente por los estudiantes como espacio de experimentación o laboratorios sobre los que realizar pequeñas transformaciones que dan un valor añadido, que traducen inteligencia y formación en un mejor bienestar, en una distribución más confortable, en un mejor aprovechamiento de la luz natural o de la espacialidad del interior. Esta capacidad *militante* de la acción arquitectónica puede referirse con toda la modestia y limitación de medios que se desee, pero lo que nunca podrá hacerse, es considerarla como una pérdida del campo y radio de acción del arquitecto en términos idealizados, que se imagina capaz de grandes proyectos, grandes transformaciones, grandes planes y edificaciones. Este es otro de los fuertes conflictos que mantiene la Escuela de Talca con el centro del país y con las tensiones que se adivinan entre las producciones arquitectónicas de los más relevantes arquitectos chilenos, y los múltiples espejos en los que se reflejan los estudiantes de Talca, con lo cual, en cierta medida, vamos dando respuesta desde nuestro punto de vista a la lejana pregunta que establecíamos al principio acerca de si el fenómeno acontecido en Talca guardaba conexión con la espectacular relevancia que la arquitectura chilena había obtenido a nivel internacional.

No encontramos aquí el lugar oportuno para detallar estos proyectos fin de carrera, por otro lado, muy accesibles para el lector en las redes –desde el prestigioso blog *dezeen*

hasta la revista Casabella-, y sin embargo, parece interesante preguntarnos acerca de la continuidad en el tiempo y en el futuro más inmediato de este modelo experimental que ha resultado tan novedoso universitariamente, por parte de la Escuela de Talca. Ya hemos ido viendo en el tiempo los hitos que han confirmado el buen proceder y que sin lugar a dudas habrán constituido una buena parte del combustible para continuar al frente (de batalla) con el proyecto (Kassel, la publicación de Arquine, Bienal de Venecia, etc.). También se adivina la posibilidad futura de contacto con universidades estadounidenses de prestigio y gran influencia en el campo de la arquitectura, y que atentas al Sur continental y a cualquier fenómeno de interés, siempre han tratado de equilibrar su vanguardia tecnológica y virtual con abordajes más sociales capaces de satisfacer holísticamente y con todos los medios disponibles las cuestiones principales derivadas de la arquitectura. Es difícil que la memoria no se desvíe a propuestas como las de Rural Studio, y a las articulaciones que se adivinan conflictivas, entre el norte y el sur continental. En la otra cara de la moneda, siempre sobrevuela el peligro del ensimismamiento, de la autocomplacencia. Que estas pequeñas obras a la vez que se mantengan en el tiempo vayan progresando en medios, en tecnología, en belleza y encantamiento, y que se alejen de su origen social, casi de su *misión pedagógica*, y el éxito en sí –término latino terrible en significación– las lacere hasta el inevitable desvirtuado. ¿Quién puede conocer ese futuro y ese destino incierto, y qué tiene la Escuela de Talca en su mano para evitarlo? Preguntas sin duda para las que no hay respuestas, sólo indicios. Al

título ya explicitado de *A contracorriente*, en la Bienal de Venecia, parece que le precedió en primera instancia y de forma provisional el de *Frentes de batalla*, lo cual es significativo, porque subraya la duración de la resistencia y de que queda todavía mucho por hacer en el territorio del Valle Central, que el proyecto es un proyecto al que le favorece la duración, ya que las circunstancias van a ser insaciables en términos de necesidad, si es que aún, no se van a deteriorar más en el sentido de una mayor carencia de servicios y asistencia técnica. Dicho así, la geografía inspirada en un intermitente galpón habitable, juega a favor de la propuesta de Talca, pero..., ¿podría este modelo ensayarse sobre lo urbano, sobre lo denso, sobre lo metropolitano e hipertrofiado? ¿Sobre esta situación *ruidosa* que parece inexorablemente ser identidad del s. XXI, y que desde Talca siempre se ha considerado como un escenario impropio, una distracción a otros objetivos territoriales de necesidades perentorias, de vocación manifiestamente antiurbana? Hasta que no logremos una síntesis entre ambos abismos territoriales, hasta que la Sostenibilidad no se descentralice de la obsesión de la concentración urbana, y reconozca otras situaciones de habitabilidad territorial más allá del término *paisaje* difícilmente avanzaremos en una situación u otra; más bien ha sido el modelo de *ciudad* el que se ha mostrado más sensible a que un territorio de perfil agropecuario inespecífico –incluso traducido a fantasía– le pudiese penetrar; el diseño ambiental, la red de espacios públicos y lo verde ampliado a lógica de lo metropolitano, junto con los huertos de proximidad son sólo algunas señales de descomprimir una situación acercándola a la permanente añoranza que

los urbanos tienen del otro modelo, aún a sabiendas de sus dificultades, lejanía y abandono institucional. Si la Escuela de Talca podría explorar este espacio, se adivina casi imposible por razones materiales, y porque un proyecto de estas características precisa de un soporte y apoyo político mantenido en el tiempo. Parece que los avances podrían venir de otras direcciones, de la internacionalización de la propuesta –otras Escuelas en similares localizaciones geográficas y con parecidas problemáticas territoriales–, el intercambio estudiantil, la movilidad no sólo física, sino la movilidad en término de exportación de estas ideas de acción, o la colectivización de las propias acciones –sumando varios estudiantes, varios presupuestos sobre una acción común que pudiera tener más alcance y prestar un servicio más complejo, fintando la evaluación académica de la capacitación individual por el de la producción colectiva y coral–. Sólo el tiempo encierra con celo las respuestas a estas cuestiones que no se nos ocurriría plantearnos si no viésemos las bondades de la fórmula que de inmediato nos generan la ansiedad por desear unas bondades aún de mayor alcance y ambición.

Hace ya años que Juan Román nos visitó en la Escuela de arquitectura de Sevilla para conferenciar sobre el modelo de Talca, especialmente en lo que se refería a las acciones del proyecto fin de carrera (conocido en Talca como proyecto de Título). Su concisa exposición, casi breve, hay que saber interpretarla. Por entonces una fuerte burocratización de nuestros planes de estudios y una obsesión normativa del funcionamiento docente cotidiano convirtieron el debate final en una parodia –aún hoy en la red debe andar

por ahí grabado el evento- sobre atribuciones docentes, dedicaciones y participaciones de las distintas áreas de conocimiento en el proyecto final de titulación; esta veladura sobre el fondo de la cuestión, dejó muy claro en qué situación nos hallábamos y posiblemente, en qué situación prorrogada nos encontremos actualmente. En fecha muy similar nos visitó también Roberto Fernández, director de esta revista, -luego nos ha visitado varias veces más-, conferenciando en el Salón de Actos -nuestro espacio de mayor capacidad y aforo. Allí, sobre una gran pizarra verde, escribió los nombres de Chatwin y Sebald, y los acompañó de la expresión escribiéndola con tiza de “*escritores del territorio*”. Para mí constituyó una suerte de revelación y la confirmación de que sobre ese soporte de la cultura era posible establecer penetraciones hacia el campo arquitectónico de la espacialidad humana y la habitabilidad contemporáneas. Argentina en relación a las Facultades de arquitectura ha mantenido siempre una interesante hibridación con otros lenguajes -la comunicación, las fuentes audiovisuales, el propio cine- replicando un modelo similar al existente en la costa oeste estadounidense, y que tan recia oposición ha tenido en el modelo de planificación en España, supuestamente siempre a favor de una preservación de atribuciones profesionales diariamente puestas en peligro si cualquier movimiento heterogéneo se plasmaba sobre el diseño de los planes de estudios. Más adelante en la misma conferencia, Roberto Fernández estableció una reflexión sobre la formación de los arquitectos que resultaba sorprendente -pido disculpas por citarla de memoria- y que más o menos consistía en lo siguiente: si un estudiante de arquitectura, tardará

aproximadamente unos 25 años en establecer una cierta experiencia profesional, ¿qué se le puede enseñar a través de los planes de estudio de arquitectura que tenga una mínima vigencia e interés a esa dilatada proyección de años? Sabemos ya desde luego, que el modelo basado en la redacción de proyectos y direcciones de obras en las que descansan nuestros planes de estudios tienen una mayor influencia de la memoria profesional del siglo pasado que la del presente, y que por otro lado, cuestiones como las políticas de salud pública sobre la planificación urbana y habitacional, cuestiones como la obsolescencia de las estructuras del siglo pasado, de la movilidad, el ocio y el turismo, el envejecimiento poblacional y la prolongación de la esperanza de vida, así como impactos derivados del cambio climático, el usos de las energías, en definitiva, los vectores ecológicos, no van a ser todos ellos circunstancias pasajeras o coyunturales: han venido para quedarse y demandan espacio y troncalidad en el diseño de los estudios, si se quiere dar respuesta a la ecuación lineal que planteaba Roberto Fernández en su conferencia, pero que permanentemente producen vértigo porque se alejan de los grandes contenidos didácticos de la enseñanza de la arquitectura en la modernidad occidental: la geometría como lenguaje, el dibujo como llave, la casa, la ciudad, el proyecto como reiteración a favor de desarrollar habilidades..., todas temáticas enfocadas a pensar que una buena resolución arquitectónica contiene valores añadidos paliativos de cualquier problema que pueda surgir en el presente y en el futuro, actúa como bálsamo de Fierabrás. Y lo cierto, es que en este desgarró conceptual nos mantenemos hasta el presente.

No quisiera terminar sin recordar la primera obra de los estudiantes de Talca que tuve ocasión de visitar, y las condiciones en las que lo hice porque de alguna manera incrementan una cierta mitología y la fomenta. Había salido de Sevilla dirección Talca. En Santiago me recibió un estudiante de la Escuela, y tomamos un autobús de la conocida línea Talca, París & Londres, uno de esos nombres comerciales que sólo pueden existir en América Latina o en los relatos de sus escritores. Cuando llegué a Talca y sin solución de continuidad, me esperaba Juan Román, que me llevó al cementerio de Pencahue a ver una obra realizada por la arquitecta Carolina Guerra titulada *Los caminos del agua*, que básicamente es un depósito de agua al que se le construye una ligera camisa de acero y listones de madera, a modo de cilindro, como esas fundas de cartón rígido en las que suele venir el whisky de malta. Casi más de un día después de salir de casa, estaba allí contemplando esta pieza, con el sello de la Escuela de Talca, y ahora que lo recuerdo, con una gran capacidad de patrimonializar los lugares sin perder la sencillez y la eficacia del servicio que presta. Creo recordar que en las proximidades había otro trabajo de fin de curso, una viga pensada para poder sentarse que se dirigía al vacío de un riacho y en sus proximidades, una vía de ferrocarril que simulaba estar muerta, pero por la que pasó una máquina antigua e indescriptible que tiraba, muy cansada, de un vagón de pasajeros bastante ajado, como una exhibición para coleccionistas de miniaturas de tren. El circuito en las proximidades de Talca, concluyó con pequeñas estradas salpicadas de casas en su borde, esos paisajes corrientes que sin solución de continuidad se erigen con

humildad en un medio natural de enorme bastedad. También por la carretera se divisaban infinitas extensiones de viñedos, vallados con decisión y que inevitablemente nos llevaban a preguntarnos por la propiedad de esta maravillosa tierra, por sus dueños exclusivos – no es raro que el vino tenga el color de la sangre. Dos o tres días más adelante, nos dirigimos al sureste de Talca, siguiendo un largo tiempo el curso del río Maule, aproximándonos tanto a la cordillera de los Andes hasta rozarnos con la carrocería del coche. Allí, en un fin de trayecto en el lago Maule, Juan abrió el maletero y preparó un té. Todas las geologías de todas las texturas y morfologías posibles estaban a nuestra vista sin necesidad de mover la cabeza, acosando con una belleza descarada. Algunos coches fluían con regularidad. Juan me comentó que la proximidad con la frontera Argentina estaba generando un mercado de pequeños electrodomésticos ya que los precios en Chile eran más ventajosos: televisiones, ordenadores etc., en un clásico tráfico comercial de frontera, una de esas economías Lilliput. Vimos dos o tres obras más durante ese trayecto mágico: algo que se asomaba en el aire sobre el Maule; unos lejanos y salvadores refugios de alta montaña...

Todo estaba archivado en mi móvil – incluido las fotos que tomé de los Andes en el vuelo de ida, con una luz de amanecer inefable – hasta que una actualización borró todas las imágenes como si nunca hubiesen existido ni yo hubiese estado allí, así que con motivo de este artículo le pedí hace poco una imagen a Juan que pudiera hacer de refresco de memoria del trayecto. Me envió una obra de una estudiante de la Escuela que en aquel entonces todavía no existía, es decir, estaba sin construir, algo conmemorativo con ecos de Nancy Holt, con aire

...BOCA ARRIBA CON LOS OJOS CERRADOS ENTRE LAS HOGUERAS

megalítico y voluntad de establecer relaciones con el cosmos intemporales y eternas. Pero si observamos con más detalles estas piedras de incierto tamaño, de seguro nacidas al tiempo que los propios Andes, parecen humanizarse porque no emergen del suelo, sino que se encuentran respetuosamente sentadas como campistas en animada conversación. Incluso

se adivina una piedra-humano tullida, tal vez para recordar que la memoria es diversa, el proyecto nunca es único, las doctrinas no sirven para nada y los sacrificios se desvanecen en el tiempo. Allí me gustaría volver, para tumbarme boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras del Maule.



Proyecto de Título (Fin de Carrera). Escuela de Arquitectura de Talca. Laguna del Maule (Chile)
Autora: Antonia Ossa.